CUBA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA

Gwénaëlle Colez, *Cuba y la construcción de la identidad nacional española*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2020, 278 pp.

No podemos decir que Víctor Balaguer (1824-1901) resulte un desconocido para los estudiosos de la historia política, catalana y española, de la segunda mitad del siglo XIX. Sucede más bien lo contrario. Al conocimiento de su figura han contribuido diversas biografías, escritas algunas incluso durante su vida, como la de J. J. Ribó, o poco después de su muerte, como la de M. de Esther. A esas monografías se han añadido las diversas aproximaciones sobre Balaguer, obra de Joan Palomas y de Montserrat Comas, escritas en fechas más recientes. La publicación, en el año 2020, de un libro escrito por Gwénaëlle Colez sirve, eso sí, para aportar conocimientos nuevos en torno a la figura de aquel destacado político y escritor catalán. Hablamos de un libro cuyo punto de partida fue la tesis doctoral de su autora, dirigida por José Antonio Piqueras, Catedrático de Historia Contemporánea de la *Universitat Jaume I*, y presentada en dicha universidad, en 2017.

Víctor Balaguer fue, sin duda, un hombre poliédrico. Y Colez aborda el estudio en profundidad de una de las múltiples facetas de su personalidad: su política en relación con Cuba. Esa elección le permite tratar con gran detalle todo aquello que estuvo vinculado con la gran Antilla en la extensa trayectoria del político catalán. Aparecen bien trabajados, por ejemplo, los tres momentos en los que Balaguer fue ministro de Ultramar y, por lo tanto, principal responsable del gobierno español de los asuntos cubanos. Ahora bien, Gwénaëlle Colez no se limita a describir y analizar profusamente su política ministerial respecto a Cuba sino que va más allá: intenta reconstruir el peso que tuvo la Isla en la definición de su actividad política durante toda su trayectoria vital, es decir, antes, durante y después de sus tres etapas como ministro de Ultramar (en 1871, en 1874 y en 1886-1888).

El libro se articula en siete capítulos, organizados de forma cronológica. Siete capítulos precedidos por una introducción y culminados por las preceptivas conclusiones. En el primero de los siete capítulos se describe la trayectoria vital de Balaguer desde su nacimiento hasta el momento que estalla la revolución gloriosa, en el otoño de 1868. Allí se abordan los principales hitos acaecidos en aquellos años de «formación» de su ideología

y personalidad. Repasa, por ejemplo, la autora su condición de plumilla al servicio de diferentes periódicos vinculados al partido progresista (como *La Corona de Aragón*) y, finalmente, su implicación directa en dicho partido, del que pronto se convirtió en dirigente regional. Me interesa resaltar aquí el papel de Balaguer en la guerra de África (1859-1860), en ese conflicto de trazo neoimperial, tan del gusto del liberalismo progresista español, como ha estudiado detalladamente Albert Garcia. Colez nos dice que Balaguer «manifestó una euforia colonialista significativa» (p. 53) y que no sólo «tuvo un papel importante en los Cuerpos de voluntarios catalanes que fueron a luchar allí» sino que luego pronunció, al regreso triunfal de dichos voluntarios desde Marruecos, un discurso «matizado por un patriotismo decidido, tanto catalán como español» (p. 54). Dicha autora hace, de hecho, explícitamente suya la noción del «doble patriotismo» que apuntara hace años Josep Maria Fradera, en su estudio sobre la cultura nacional en una sociedad dividida. Una noción o idea, la del doble patriotismo, que recorre toda la monografía pues, como nos adelanta Gwénaëlle Colez en la introducción de su libro, su investigación le «permite, a partir de la figura de Balaguer, unir a Cataluña, España y Cuba política y económicamente en un contexto de transformaciones profundas» (p. 19). Más aún, la autora considera que la condición catalana de Balaguer resulta fundamental para estudiar, tal y como reza en el título del libro, no sólo Cuba sino también la construcción de la identidad nacional española.

Una vez presentado, en la Introducción, el personaje, en sus primeros cuarenta y cuatro años de vida, no hay duda de que son los cinco epígrafes siguientes (o sea, los capítulos que van del 2 al 6) los que otorgan verdadero valor a la monografía en cuestión. Es allí donde Colez repasa en profundidad los veinte años de madurez y plenitud política de Víctor Balaguer, es decir, los que transcurrieron entre el día que fue nombrado presidente de la Diputación de Barcelona (el 2 de octubre de 1868) y el momento que abandonó, por tercera y definitiva vez, el Consejo de Ministros (el 14 de mayo de 1888), centrándose siempre en la cuestión cubana. Insiste, de entrada, en un hecho que nos resultaba conocido gracias a los trabajos de Palomas: al convertirse Balaguer, tras la revolución, en uno de los hombres fuertes del partido progresista en Madrid, el político barcelonés no dudó en actuar como portavoz de algunas corporaciones empresariales catalanas. De hecho, la patronal Fomento de la Producción Nacional le convirtió pronto en su lobista, manteniéndolo a sueldo desde finales de 1870 (p. 77). También resulta de interés repasar de qué manera Víctor Balaguer supo hacer compatible, en pleno momento revolucionario, su condición de líder (catalán) del partido progresista con «su compromiso con los conservadores de Cuba» (p. 79), unos conservadores pro-peninsulares articulados en torno al integrista partido español de la Isla. Se entiende así mejor un fenómeno aparentemente paradójico: mientras que Balaguer se afilió a la Sociedad Abolicionista Española, tras la relegalización de dicha entidad con el triunfo de la Gloriosa, no dudó en volver a presentar su candidatura, en febrero de 1872, como candidato a diputado por el distrito de Vilanova i la Geltrú «para que no se llevara a cabo la abolición de la esclavitud prevista por los radicales y republicanos» (p. 80). Gracias a su actitud decididamente anti-abolicionista, muy cercana a los planteamientos de los Círculos Hispano Ultramarini-

nos y de la Liga Nacional, Balaguer se aseguró el apoyo de las «fuerzas vivas» de Vilanova i la Geltrú así como también de los integristas cubanos, lo que a la postre le resultaría útil para ir renovando su acta de diputado en las Cortes españolas.

En el capítulo 3, Gwénaëlle Colez repasa la actividad de Víctor Balaguer al frente de la cartera de Ultramar durante sus dos primeros mandatos. El primer mandato, que se inició en octubre de 1871, apenas duró dos meses, pues terminó con el asesinato del presidente del Consejo de Ministros, el general Prim, en diciembre del mismo año. Apenas tuvo tiempo, por lo tanto, Balaguer de dejar su impronta en el ministerio. El político catalán volvió a asumir dicha responsabilidad en enero de 1874, tras el golpe de Estado con que el general Pavía dio por acabada la I República. Al abordar el análisis de su mandato, Colez dedica bastante atención a una cuestión fundamental: la corrupción registrada en la Administración colonial de Cuba, un tema que ha podido trabajar, con detalle, gracias a la rica correspondencia particular que el político catalán mantenía con diferentes personas de la Isla, y que se conserva en el magnífico archivo de la Biblioteca Museu Víctor Balaguer, de Vilanova i la Geltrú. En ese capítulo aparece también descrita la cuestión del tráfico de coolies chinos a Cuba, un tráfico que acabó justamente aquel año tras la visita o embajada que un alto funcionario Qing llamado Chen Lanbin realizó a la Isla en la primavera de 1874. Balaguer recibió entonces un proyecto presentado por el también catalán Francisco Abellá, que pretendía mantener, bajo otras formas, aquel flujo migratorio estable entre China y Cuba, registrado desde 1847, a pesar de las recientes resistencias del Imperio Celeste.

La Restauración dinástica, en la persona de Alfonso XII, alejó a Balaguer del gobierno y del poder, pero no de la política. El político catalán se mantuvo como diputado, ahora bajo el paraguas del llamado Partido Constitucional, liderado por Práxedes Mateo Sagasta. En esa etapa señala Colez varias contradicciones en el accionar político de Balaguer, de las que voy a señalar dos. La primera: mientras que denunciaba en sus discursos «la inmoralidad y la empleomanía» en la administración, el repaso a su correspondencia particular permite ver cómo fue capaz de satisfacer numerosas demandas de empleo (o de ascensos) de particulares o de funcionarios; la segunda: mientras que doctrinalmente Balaguer compartía el ideal asimilista, en relación a Cuba y Puerto Rico, en la práctica evitó apoyar entonces la aplicación en dichas islas de las leyes que regían en la península. Donde no hubo contradicción ninguna es en su resuelta actuación proteccionista, la cual le acompañó siempre en su labor política, fuera en el gobierno o como diputado de la oposición. Sus diferencias, en esa cuestión precisamente, con Sagasta le harían romper durante un tiempo con el político riojano e incorporarse, en 1882, al efímero proyecto de la Izquierda Dinástica. Cabe señalar que en el libro aparecen también reflejados –siempre bajo el prisma de la actuación de Balaguer– los puntos centrales tanto de la política cubana como de la intervención de España en Cuba, en aquellos años: la cuestión de los aranceles, la formación de los partidos políticos en la Isla tras la paz del Zanjón, la discusión de la ley de la abolición de la esclavitud, etc.

El sexto capítulo está íntegramente dedicado a analizar la actuación del político catalán al frente del ministerio de Ultramar, cartera que desempeñó entre octubre de 1886 y

mayo de 1888. Un año y medio dio para mucho, como describe la autora del libro. Cualquier interesado en la historia colonial española (o en la historia cubana de aquellos años) deberá, de hecho, leer un epígrafe en el que se registran los principales asuntos de su mandato. Sirvan, a título de ejemplo: la aplicación de la ley de imprenta en Cuba, la discusión de una reforma electoral en la Isla, la creación del Consejo de Ultramar, el bandlerismo en Cuba, el problema de la deuda pública, así como la renovación del contrato con la Compañía Trasatlántica y las relaciones con el Banco Hispano Colonial, entre otros. El «balance general» que presenta Colez del tercer y último mandato de Balaguer como ministro de Ultramar «es bastante módico» tanto en materia política como administrativa (p. 216).

Apenas un año después de abandonar el consejo de ministros, Víctor Balaguer expresó a su jefe de filas su deseo de retirarse de la vida política. Y aunque fue nombrado senador, en el otoño de 1889, desde aquella fecha hasta su muerte, doce años después, mostró un escaso entusiasmo por la política. Se suceden, de hecho, dos etapas: de retraimiento voluntario, primero, y forzado, después. Aun así, la autora de la monografía aprovecha para explicarnos en dicho epígrafe cómo vivió Balaguer la guerra de 1895 así como para repasar la política de Balaguer hacia Filipinas, durante toda la Restauración. Un breve epígrafe que funciona como contrapunto, o como guinda final, a su análisis sobre la política de Cuba. Las conclusiones (o, como figura en el libro, «conclusión» en singular) sirven a Gwénaëlle Colez para recapitular sobre las ideas que ella misma ha ido planteando a lo largo del texto. Y es que, en definitiva, cualquier libro de historia debe servir para proponer ideas, y esta monografía, editada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, contiene bastantes ideas. Unas ideas que permiten al lector reflexionar sobre la figura de Víctor Balaguer, sobre la historia de Cuba así como sobre la política española, en general, durante la segunda mitad del siglo XIX.

Martín Rodrigo y Alharilla

Universitat Pompeu Fabra (UPF-GRIMSE)